



DEMONIO BLANCO

Angelo Martínez

DEMONIO BLANCO



Primera edición: mayo de 2025

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Angelo Martínez

ISBN: 979-13-87814-32-8

ISBN digital: 979-13-87814-33-5

Depósito legal: M-11595-2025

Editorial Adarve

c/ Luis Vives 9

28002 Madrid

info@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Para todas esas personas
que creen en mis sueños
como si fueran los suyos.*

CAPÍTULO 1

Hablaba por mensajes de texto con la ex novia de un primo materno más que hermano y compinche mío. Digamos que el asunto este, pisando verdad, era algo descaradamente entretenido, lo de intentar apoderarme de toda la mente y de todo el cuerpo, de la señorita de nombre Camila López y, la chica esta, se dejaba ver, todo el tiempo, muy franca y juguetona en sus palabras. La conocía desde hacía unos diez años tal vez. Estudiamos en el mismo colegio hace largo tiempo. Yo iba un grado delante de ella. Camila era cortita de cuerpo, pero con respetables pechos, de rostro sin granos ni rastros de mucha carnosidad en los cachetes y la piel y los labios algo resecos por la marihuana que fumaba a diario; su trasero siempre lucía en perfecto estado, al menos, eso es lo que más recuerdo de ella en las fiestas que nos cruzábamos cada fin de semana hacia años y varios meses.

Había roto con mi primo durante el verano anterior. A Toño y Camila, sin exageraciones, se les apreciaba como una agradable y encendida pareja, como que al beber con ambos el ambiente adquiría gracia y ardor, pero ella ahora me escri-

bía que salía con otro tipo y que, según lo que dice, ya había perdido total interés también en él. Le pregunté qué detalle la llevó al fracaso, a joderse otra vez ese sabor de amor que experimentó luego de unos meses de soltería. «Bueno —dijo ella—, tenía diez años más que yo y empecé a sentirlo viejo, aparte, no podía vivir internada entre sus sábanas, yo quería alguien con quien viajar, bailar, intoxicarme en cualquier bar de cualquier ciudad, no quería tumbarme sobre un colchón con el culo desnudo todo el tiempo, ¿me entiendes?». «Claro —respondí—, la última jovencita que logró convencerme de pasar una casi eterna temporada sobre ella, pues se alejó de mí al colapsar esa rutina de internarnos en su habitación cerca de tres meses, solo salíamos a comprar café y bocadillos, para luego volver y retomar la preciosa, pasional y flexible actividad física». Camila me escribía:

—Todo sucedió deprisa, nos mensajéabamos todo el tiempo, luego, lo llamé una noche y, muy ebria, le dije: «¿Dónde andas? ¿Por qué no nos conocemos en la ducha más cercana?» A cuatro cuadras de mi casa hay un hotel ni asqueroso ni bonito.

—Ya— le contesté— no sé si te das cuenta, pero esos hábitos no tienen futuro, a veces lo que empieza ni aburrido ni brincando abismos excitantes, te informo que es lo que en verdad resulta, lo que avanza en término medio, ni congelador ni exageradamente fogoso.

—No creas que no lo sé bien, pero yo buscaba algo como que lo viví de su lado, de todas formas, ya poco me sacude recordarlo, ya pasó, ya grité lo suficiente cuando estuve debajo de él, no necesito gritar extra.

En ese momento me levanté hacia la cocina, me preparé un café con miel y salí al balcón a ver el cielo pálido y entristecedor, me deprimí y alegré al mismo instante que dé a pocos tracé en mis labios una sonrisa (o algo así) al pensar que si llegaba a ver a Camila López a solas, en mitad de la noche de un fin de semana, cuando mi padre... (un hombre siempre dentro de impecables sacos blazer grises, negros o cremas oscuros y camisas de costosas telas de seda, las cuales se renuevan y desechan, —lo normal es que estén en constantes cambios de medidas con el mismo sastre de hace veinte años—, suele estar perfumada solo en el cuello y casi se ahorca con una francesa o italiana corbata, por lo general, crema pálido o azul. Mi viejo, además, posee una mediana y nada alarmante barriga de solo tragos cortos selectos, de disparatados montos, esos que anulan las más prometedoras resacas. Por otra parte, lleva ya dos años en tratamiento para la afeadora calvicie, amenaza que ya ha dejado un horrible desierto en el centro de su cabeza. Es uno de esos hombres de oficina que suele llegar a casa, a veces, digamos que dos o tres veces a la semana, más tarde de lo natural, por este simple vicio: maneja sin rumbo dos o tres horas mientras trabaja sus frustraciones y motivaciones a solas, cruzando calles y viendo mendigos en cada esquina y algo en los ojos de toda esa sucia gente le dicen —él mismo me lo ha confesado varias veces—: «amigo mío, tienes una vida redondamente perfecta». Pero, mi viejo, les cree lo que es nada, le encanta ignorar a todos esos desperdicios humanos —sin embargo, debo aclarar

que es evidente que a él también le encanta escucharlos—, pasa de sabe demasiado bien que el dinero existe y no existe) estuviera en algún viaje de negocios, aunque, si estuviera vigilando los pasillos tampoco es que jodería demasiado, pues terminaría eyaculando entre sus muslos.

Y con qué gran nerviosismo y poca fidelidad lograría embriagarme y abrazar al correr la siguiente noche a Toño y verlo otra vez, frente a mí, soplándose un porro a las afueras de los antros que frecuentamos buena parte del verano de viernes a domingo, porque yo sabía que él aún la veneraba con necedad, pero era poco probable que Camila le diga: «cariño, yo siento lo mismo». Lo cierto es que, en estos tiempos, lo más normal era ir por ahí hecho un vómito por alguien al que le atraes casi nada, al menos no lo suficiente como para acercarse a ti y perfumar ese aspecto de vómito que jalas, no, esa persona no hará eso, solo irá en busca de otro ser humano que le haga sentir la misma fachada que llevas encima por él o ella, en pocas palabras, apestanos por gente que apesta por otra gente.

CAPÍTULO 2

A veces hablo en voz alta solo durante dos horas al medio día y antes de dormir. Bebo y hablo. Rara vez fumo. Solo bebo y me digo: «pronto morirás, todos lo harán, puede que primero y después de ti, pero da casi lo mismo, cuando estés muerto no los recordarás y cuando a ellos les toque no te recordarán, aunque tampoco es que lo sepas del todo bien, porque puede que te quedes por aquí deslizándote a través de la rápida brisa que le desordena el cabello a tu madre, a tu hermana, la mujer que amaste y dejó de amarte o quizá nunca lo hizo, pero ante tu ausencia, pues debía improvisar una nueva vida sin ti, pero tú sigues aún con ella, porque la ves, la ves minuto a minuto, la ves todos los días, y ella a ti al recordar ciertas excelentes o malas bromas, las malas bromas se resumen en el ejambre de comportamientos que la llevaron a llorar por ti, y las excelentes se resumen a cuando fue feliz con solo tenerte cerca, muy cerca hablándole trivialidades curiosas, tal vez lo más cerca que estuvo de cualquier otro o quizá no, puede que antes de ti hubo otro tipo con el que se apasionó con locura, pero lograste hacerla temblar de

tal manera, que esa sensación enloquecida fue perdiendo chispa y tú floreciste en cada vena cerebral».

A veces me gusta pensar en el anormal amor de mi padre cuando recuerdo su fascinante cariño, puede que lo reflejó siempre de una manera torpe, cruelmente estúpida, por ejemplo: una vez me escuchó cantar una letra que yo mismo escribí, se meó en carcajadas a mitad de la canción, no porque fuera una letra muy cómica, sino porque me veía tan ridículo entonando tales frases algo poéticas e irritantes, sin embargo, al final de la noche, antes de acostarme, me dijo: «si deseas esto, si en verdad buscas esto que acabas de soltar hace un rato, estaré para ti». Luego sonrió con ese aliento a siete tazas de café y se rascó la cabeza al sentir los nervios que le segregó mi silencio: mi parálisis cerebral ante su anormal amor. Y fue cuando giró el cuerpo en dirección a la habitación que un tiempo compartió con mi madre.

Mi madre estaba muerta desde hacía unos cinco años y yo por las mañanas, al despertar, le decía «buenos días, ¿qué tal te va?», y ponía en marcha el reproductor de música de forma aleatoria, cualquier canción, creía yo, me diría lo que mi madre quisiera cuchichearme desde donde fuera que estuviera fijándome la vista.

Bien, ahora, en este momento, estaba en un cafetería frente al parque Miguel Grau por el distrito de Saratona, había ido a ver a una chica que trabaja aquí, era un poco rellena y morena sin caer en la oscuridad profunda, pero había algo en ella, sentía muchísima atracción de sus gestos y miradas despreocupadas o hasta medio re-

beldes con un tono valerosamente auténtico. Había algo en ella, algo que me hacía sentir alejado de mi realidad y al alejarme lo necesario, conseguía hundirme en la realidad de ella, y una vez charlábamos al terminar su jornada diaria y nocturna de cinco horas, pues salíamos a beber unos margaritas o simplemente íbamos a un motel (el ideal en precios y donde teníamos más sellos en la tarjeta de promociones de días gratis y desayunos gratis, era uno curiosamente llamado El pescador. Tenía lunas relucientes y polarizadas en todas las habitaciones, cuatro pisos, de fachada decente, es decir, sin manchas en las paredes de grafitis o lluvia, además de confiable en términos de que era imposible que te graben a escondidas, la dueña era una anciana y parecía respetable y se veía que ese edificio era su logro de cincuenta años trabajando de qué se yo, pero no iba a tirar todo por la borda gracias a sus nietos y sobrinos filmando por lo bajo. Por supuesto que los precios no eran ofensivos a nuestras carteras, porque a veces ella ponía más de la mitad que yo y además siempre tenían condones retardantes, eso lo valorábamos muchísimo, no nos sucedía en otros sitios, los condones retardantes nos aseguraban horas y más horas de jadeos, innovadoras posturas y suciedades babeadas bien dentro de la oreja, esos mensajes trepaban directo a la cabeza y el efecto final, era la sensación del morbo por las subes), por lo general, hacíamos ambas cosas la misma noche.

Lo que sucede actualmente es que mi viejo desde este último año estaba corto de dinero y me lanzaba algo así como retazos de las gruesas piezas de billetes que ha-

cía dos o tres años me alimentaban sin lío alguno. Debía volver a trabajar en uno que otro evento de ropa de diseñador, pero desde hacía un par de meses no recibía propuesta alguna, todo comenzó cuando me brotó acné de manera muy salvaje alrededor de la frente y mentón y ahora el sujeto que me conseguía los contratos me decía: «¿Cómo va la dieta?». Y lo cierto que es lo intentaba bastante bien con las cremas y el brócoli y el extracto de pepino con perejil, pero la situación no mejoraba, ahora era algo así como un feo temporal y, en la rama de modelaje en la que me desenvolvía, nunca estuvo permitido ser feo temporal ni de chiste.

Así que acá iba yo, bebiendo un americano mientras recordaba que solía hablarme cuatro horas al día sin nadie alrededor y quería contárselo a René, pero ella tiene un padre esquizofrénico y le tenía pavor, un pavor enfermizo —de todas formas esta noche había decidido confiarle ese tema—, al carajo si partía corriendo del motel o sin finalizar las margaritas antes de ir al motel, en verdad, no es que la amara con desesperación, no es que le tuviera nervios a arrollarla con mis secretos de trastornado, el problema, es que yo sabía que ella si parecía amarme y, comprendía con total seguridad, que cuando la gente llega a informarse mucho de mí escapan, sin girar el cuello, sin dudarlo, sin esperanza, buscan otras vidas más fáciles de manejar con la apuesta segura en que al menos no se chiflaran de su lado. Sí, por supuesto que razonan que, al menos, logran sobrevivir con la mente sin los cables rotos, hechos trizas, y los ojos irritados al

observar que mi demencia va cada vez en aumento y sin retorno a la normalidad, en realidad, nunca hubo retorno, solo aumento.

